

DIARIO DE RECLUSIÓN

Yolanda Izard



Instituto Castellano y Leonés de la Lengua

Confinamiento literario. Con los finalistas del Premio de la Crítica de CYL

Sábado, 21 de marzo

2020

Me pongo a escribir un poco a la desesperada, exhausta. Quiero salir de mí misma, de esa otra que ha tomado el fuerte para hacerse con el país de las maravillas y poblarlo de monstruos, vértigos y miedos.

Cuesta conectar con el ser que éramos antes, hace apenas una semana, una sola semana que se ha convertido repentinamente en toneladas de tiempo. Pasar de una era a otra en cuestión de días trastoca todo lo que creímos que era sólido, pone a prueba nuestra capacidad de resistencia al caos, a lo desconocido, lo impensable, lo incógnito, y a nuestros propios miedos. De pronto, nos hemos topado con la realidad. Nos hemos topado con nosotros mismos. Esto es la realidad, lo anterior era solo un sueño: esto es lo que hemos aprendido.

Una nueva era. Una era de reconstrucción de las cosas elementales. El pan sabe a pan, ese amigo de todos los tiempos. El aire puro regresa con las ciudades vacías y las fábricas cerradas. Se oye a los pájaros en el centro de las ciudades que han enterrado de golpe el ruido de los coches y la afrenta de sus humos. Huele a río soberano. Dentro de las casas, caminamos sin rumbo, como fantasmas temerosos y desconcertados. La casa sabe a casa antigua. En ella moramos día y noche, sin apenas abandonarla. Tocamos los objetos. Nos topamos con los familiares todo el tiempo. Escuchamos su miedo sin palabras. Si alguien tose en el rincón de un cuarto, nos sobresaltamos. No tengas fiebre, por favor, le pedimos al hijo, y él nos hace caso y no tiene fiebre. Y apenas se alivia con el sueño nocturno la pesadilla del día.

El mundo se ha reducido a una habitación.

Llamar amigo al amigo, ese tesoro que ya no puede estar a tu lado porque está confinado en su casa, como tú. Llamar hijo al hijo.

La tierra de pronto se ha descubierto como era, como es realmente, sin nuestra intervención. Que hayamos dejado de intervenir en ella, aunque sea parcialmente, le ha supuesto una liberación. La primavera anda suelta por el cielo y los bosques y los jardines y las calles vacías. Parece un pajarillo escapado de la jaula. Desde las ventanas, los seres humanos la miramos confusos. ¿Qué hemos hecho para merecer estos barrotes? ¿Este miedo? ¿Esta soledad de confinados? ¿Estas muertes prematuras? ¿Esta doble soledad de los moribundos? ¿No éramos los reyes de la tierra? ¿No habíamos dominado estepas, montañas, riberas, cárcavas e islotes? ¿Cómo puede andar así, suelta y sin nosotros, la primavera?

El virus nos está poniendo a prueba como especie dominante y como seres humanos individuales. En el encierro obligado, conectamos con lo mejor y con lo peor de nuestro ser. Tenemos tiempo para meditar. Aprendemos a saber quiénes somos de verdad. A enfrentarnos de golpe, estupefactos, con la realidad. Nuestros pasos por la casa desembocan siempre en nosotros mismos.

El domingo 15 de marzo fue para mí el primer día de la nueva era. Se abrieron las compuertas y emergió de pronto ella, soberana. Veníamos intuyéndolo desde el jueves, día en el que había llamado a mis compañeros del Taller de Escritura para que el encuentro fuera virtual, pues ya no convenía que estuviéramos cerca, que nos abrazáramos, que nos viéramos siquiera. Éramos, como cada uno de los seres humanos de la nueva era, potenciales criminales inocentes. Una nueva paradoja para supuestos nuevos. Luego, el desconcierto. El virus no era tan inofensivo, el virus no estaba tan lejos, las muertes no se producían solo en China, nadie estaba a salvo, el virus atacaba por igual a los ricos y a los pobres, la sanidad española no era tan perfecta, el poder y la acumulación no eran habitáculos seguros y no compraban la tranquilidad ni la vida, no habíamos dominado el mundo.

Tras el reinado del no, vino el del sí. El hombre es una pequeña cosa vulnerable y temerosa.

El hombre es capaz de las mayores ruindades y de los más extraordinarios actos de amor, incluso heroicos.

El hombre es capaz de llorar hasta el desmayo y también de reírse de su propia desolación. El hombre usa su inteligencia emocional y su ingenio en una imparable creatividad, a veces desesperada, casi agónica. Los vídeos y los textos circulan por las redes llenos de mensajes de aliento y de humor.

La gente se ofrece para ayudar en lo que pueda: lee un poema, mira esta película, puedo hacerte la compra, escíbeme si te sientes ansioso.

El tejido de la especie humana se deshilacha, pero estamos más unidos que nunca.

Los médicos y las enfermeras saben que están dando su vida. Y no es una metáfora.

El martes 17 de marzo a las diez de la mañana Lola parió a su primer cachorro en la cocina.

El séptimo cachorro nació muerto, pero la perra y yo creíamos que aún podíamos hacer algo para revivirlo. La perra lo lamió como si estuviera vivo, cortó su cordón umbilical, se deshizo de la placenta. Yo le introduje el dedo meñique en la boquita para que entrara el aire, soplé con fuerza, lo envolví en paños y lo acerqué a mi pecho para darle calor. De pronto, su diminuta lengua se puso blanca y yo acepté su muerte.

Pero allí estaban los otros seis, con tantas ganas de vivir. Esos cachorros despiertan la ternura, la desbordan. Lola está llena de ternura. Y la ternura incluye darse entera. La ternura significa también responsabilidad. Absoluta. Lola no se separa un segundo de sus vástagos. Tengo que darle de comer y de beber en la misma cama porque si no, no comería ni bebería. Tengo que obligarla a salir para que haga sus necesidades. Le pongo la correa y tiro de ella hacia la calle. Ella sale llorando y gimiendo, y regresa tan rápido que apenas puedo seguirla. La calle vacía y silenciosa me sobrecoge.

Escucho las noticias con una ansiedad tóxica, no puedo dejar de escucharlas. El coronavirus se está cebando con los italianos, pero también con los españoles. Los expertos tratan de entender por qué los contagios van a un ritmo mucho más veloz que en Alemania. En realidad, nadie entiende nada. Ni siquiera ellos. El virus escapa al entendimiento porque procede de esta otra era desconocida, que funciona con parámetros lógicos distintos. El virus nos está diciendo: Mirad, este es el túnel de entrada a otra dimensión. ¿Lo hace para darnos un escarmiento o lo hace para salvarnos?

En esta nueva dimensión, el ser humano individual no tiene sentido. Solo cuenta la humanidad. Esta es la primera vez en la historia del hombre en que la lucha es global. De todos los seres humanos. De la especie entera.

No sé por qué este diario se está convirtiendo en una meditación sobre lo que somos, lo que éramos, lo que seremos. Necesito encontrarle un sentido a lo que nos está sucediendo. Qué nos están contando los campos vacíos, los corzos que se arriman a la ciudad desamueblada, la enfermedad que parasita el aire sin nutrientes, qué nos están diciendo los árboles asfixiados por el asfalto, el breve arroyuelo que circunda la noche del alma.

Viernes, 20 de marzo 2020

Cumpleaños de Guillermo. Veinte años en el veinte del veinte - veinte. ¿Tendrá algún sentido esta conjunción de cifras tan redondas? ¿En medio de este confinamiento, tendrá algún sentido para mi querido hijo? No le hemos regalado nada. Tampoco hemos soplado ninguna vela sobre la ausente tarta de cumpleaños. Aunque no debiéramos, le abrazamos. Seis perritos, le decimos bromeando. Estos son tus seis regalos. Nos reímos. Toso a veces y a veces me duele la garganta. Esto lo aprovecha mi mente, que nunca juega a mi favor. Es poderosa mi mente, trata de amedrentarme. Imagina la oscuridad. Filma una película de catástrofes. Al fin y al cabo, tiene todos los elementos a su disposición, pues sabe que estamos viviendo una distopía real.

Ni la más avanzada cámara del mundo podría grabar la perversión de la vida como ella lo hace. Me secuestra y me sitúa en los lugares más desconcertantes, inhóspitos y dolorosos. Secuestra mi alma y la agita y le ata cuatro prietas cuerdas en torno a su blanca garganta. Pero yo ya sé lo que debo hacer para engañarla. Canto. Río. Sonrío. Escribo. Leo poemas. Escucho el adagio 974 de Bach que me ha enviado un amigo. Cojo a los cachorros de tres días. Los acaricio como si fuesen mi pobrecita alma.

19 de marzo de 2013. Hace justo siete años. Premonición

A veces sucede que las crisis despiertan lo mejor que hay en nosotros; que nos solidarizamos de manera ejemplar con quienes necesitan apoyo, una sonrisa, que los escuchemos; que una fuerza atávica, desconocida, casi secreta, emerge de nuestro más profundo ser y a pesar de los problemas que tenemos, de lo que algunos desalmados pueden hacernos sufrir, nos elevamos, abrimos nuestras alas. Entonces llegamos a saber que en nuestro cuerpo respira el mundo. Y volamos.

Domingo, 22 de marzo 2020

El silencio de la calle estremece. Mientras paseo a Lola, pasan dos autobuses urbanos vacíos. A las siete y media de la tarde solo me cruzo con dos personas aisladas que tiran de sus perros como yo. Nos miramos de reojo. Todos somos apestados para todos, pero en el fondo nos une un nuevo sentimiento de solidaridad en la desgracia. El aire que desplazamos los tres solitarios es compasivo.

A las ocho solo resuenan en la calle mis palmadas. A la desesperada. Luego, tímidamente, oigo otras. Resuenan en el silencio como latigazos. Le estamos diciendo al cielo: aquí estamos, resistiremos. Gracias, médicos, enfermeros, auxiliares, gracias, sanitarios, gracias por devolvernos la vida, por darnos la mano mientras el aire se desgarrar en nuestros pulmones.

Regreso a casa sobre el espesor del silencio, como si las calles estuvieran cernidas en el espacio y no cupiera ya en ellas el aire. Las calles se ahogan y agonizan solas, como nosotros.

No me atrevo a hacer ruido.

Se oyen tantos pájaros. Pero ni su canto consuela. La primavera, ¿está también asustada? ¿Quién grita amor mío dentro de un cuarto cerrado a cal y canto? ¿Por qué siento la afonía de los hospitales, el murmullo sigiloso del miedo en sus pasillos? ¿Por qué apagan la luz? ¿Para que no veamos la guadaña?

Voy a regar las plantas, voy a sostener con delicadeza a un cachorro, voy a sonreír mientras abre su boca y mueve sus tiernas patas y emite un sonido de hada.

Por favor, no me arrebatas del todo el mundo de los sueños.

Lunes, 23 de marzo

Hoy ha salido el sol. Las lilas se están abriendo. Me acerco para olerlas. El silencio las envuelve con una capa invisible de piedad.

Leo a ratos `La guerra de mis antepasados` de Delibes. El Bisa, bisabuelo de Pacífico, tuvo su guerra; el abuelo, Abu, tuvo la suya también; el padre, la Guerra Civil. Pero Pacífico no tiene guerra. Como nosotros no la teníamos hasta que hace un par de meses hizo acto de presencia este diminuto virus de terrible letalidad y vertiginosa capacidad de contagio. Esta es nuestra guerra, global, contra la agonía del mundo.

Limpio todas las superficies de la casa. He mezclado lejía y agua. Los picaportes, las mesas, los grifos, los mandos de la tele, los móviles, el ordenador. Me pruebo un vestido nuevo con la etiqueta colgando, que no estrenaré.

Podría haber hasta un millón de contagiados en España. Tendrán una inmunidad durante algún tiempo, dicen los expertos.

Las playas, vacías. Los bosques, solo con sus corzos y sus pájaros. Por los pasos de cebrá solo atraviesan los pavos reales.

Las playas, vacías. Los bosques, solo con sus corzos y sus pájaros. Por los pasos de cebrá solo atraviesan los pavos reales.

En la nueva era, la vida emerge y sucumbe con la misma naturalidad. En la nueva era, los jóvenes aspiran la mañana y sonrén. En la nueva era, los hombres no se despojan nunca del todo de la infancia creadora. En la nueva era, un niño limpia la planicie con amor porque esa es su casa y una mujer da de comer a los gorriones para nutrir su alma.

Martes, 24 de marzo

Esta mañana me he despertado con la noticia de que mi tía L. ha fallecido víctima del coronavirus. Mi tía querida, tan inteligente, tan culta, tan lúcida hasta el final. Como ha muerto en su casa, los hijos tienen que desinfectarla, quemar su ropa. Solo dos de ellos han podido estar presentes en el crematorio. Los funerales están prohibidos.

Se nos están yendo nuestros padres. Así, sin despedidas, sin demostraciones de gratitud, sin consuelo. ¿Es este su último sacrificio? ¿Nos están diciendo que labremos la tierra como antes, que amemos sus atardeceres limpios, que despejemos el camino de la concordia y luchemos por la belleza, que siempre es bondadosa? ¿Qué nos quieren decir con su terrible silencio?

¿Qué nos está gritando esta pobre tierra nuestra?

¿Cómo consolarnos ante este vacío que no entendemos?

© Instituto Castellano y Leonés de la Lengua